

Fernando Villamía

**EL CUENTO
DE LA
VIDA**

XIX PREMIO DE NOVELA CIUDAD DE BADAJOZ

algaida



Un jurado compuesto por Carmen Amoraga, Luis Alberto de Cuenca, Fernando Marías, Miguel Ángel Matellanes, Manuel Pecellín Lancharro y Marta Rivera de la Cruz concedió a la novela *El cuento de la vida*, de Fernando Villamía, el XIX Premio de Novela Ciudad de Badajoz, que fue convocado por el Excelentísimo Ayuntamiento de Badajoz.



Ayuntamiento de Badajoz

Primera edición: 2016

© Fernando Villamía, 2016
© Algaida Editores, 2016
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
ISBN: 978-84-9067-469-7
Depósito legal: SE. 113-2016
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

CAPÍTULO 1	13
CAPÍTULO 2	67
CAPÍTULO 3	123
NOTAS DE INTERROGATORIOS. CASO NEUMANN	132
CAPÍTULO 4	271
CAPÍTULO 5	309
DECLARACIÓN DE INGRID CORNIBÉ. CASO NEUMANN ...	328

Para Lis, Beatriz e Ignacio

«Raro asunto la vida: yo que pude
nacer en 1529,
o en Pittsburg o archiduque, yo que pude
ser Chesterton o un bonzo, haber nacido
gallego y d'Ors y todas estas cosas.
Raro asunto
que entre la muchedumbre de los siglos,
que existiendo la China innumerable,
y Bosnia, y las cruzadas, y los incas,
fuese a tocarme a mí precisamente
este trabajo amargo de ser yo».

«Raro asunto», de *Es cielo y es azul*
MIGUEL D'ORS

TODO EL MUNDO CREÍA QUE ESTABA MUERTO O QUE había desaparecido. Cuando yo empecé a trabajar en la Fundación Gnosis —y eso fue un poco antes de 1980—, hacía treinta y cinco años que no se tenían noticias de Gottlob Neumann. En realidad, sólo lo conocían un puñado de historiadores meticulosos y algún que otro investigador raro. No era un personaje célebre; su figura no desprendía ese efluvio entre maldito y criminal de los grandes jerarcas de la época. Como otros muchos alemanes, en los estertores de la Segunda Guerra Mundial, desapareció sin despedirse de nadie, sin dejar pista alguna acerca de su paradero. Salió de su casa en las afueras de Berlín y no se le volvió a ver más. Había dejado comida en la cocina, algo de dinero en su cuenta bancaria y toda su ropa ordenada en cajones y armarios. Como si hubiera salido para hacer un recado. Pero nunca volvió. Desde ese día de 1945 hasta el 8 de diciembre de 1980 fue como si a Gottlob Neumann se lo hubiera tragado la tierra. Y ni siquiera ese día acabó de salir del todo del anonimato, se-

pultado su nombre en periódicos y medios de comunicación por el asesinato de John Lennon que ocurrió en la misma fecha.

Su desaparición desató toda suerte de conjeturas y rumores sobre lo que le habría ocurrido. Algunos sostenían que había muerto y que su cuerpo, como el de otros muchos, se encontraría en una fosa común perdida en Alemania. Otros aseguraban que, como gran parte de las autoridades del momento, se había suicidado. Pero su cadáver no apareció nunca y tampoco fue posible recoger testimonios sobre su posible extinción. Otras explicaciones más imaginativas trataban de combinar la verosimilitud histórica con la peripecia novelesca, y dotaban a Gottlob Neumann de una personalidad más literaria. Una de ellas pretendía que Neumann había abandonado Alemania disfrazado de mujer; se había sometido a diversas operaciones de cirugía plástica y vivía, con otra identidad, en algún país de Sudamérica. Otra sugería que permanecía en su país con una identidad falsa y un físico retocado, pero con el ideario intacto. Y que, desde una imprecisa clandestinidad, seguía trabajando en la difusión de sus convicciones y en la restauración del Reich alemán. Una tercera, más romántica y poética, aseguraba que Neumann, descreído y baldado de tristeza, se había convertido en vagabundo, en uno de esos *homeless* que desplaza su cuerpo y su locura por las ciudades de California. Por último, algunos afirmaban que su destino había sido Jordania y, desde allí, daba pábulo a sus dos principales aficiones: el ocultismo y el antisemitismo.

Supongo que, si Neumann hubiera sido un personaje más importante en la áspera época del nazismo, esas

historias y leyendas acerca de su identidad y su vida habrían persistido. Sin embargo sólo era un segundón, un hombre resolutivo y tenaz, pero sin poder alguno ni capacidad de decisión. Uno de esos hombres obedientes hasta la servidumbre y eficaces hasta la interjección, pero carente de iniciativa e incapaz de ideación. Su destino había sido la obediencia, y lo había cumplido de manera ejemplar. Creía a pies juntillas en aquella fórmula del absolutismo francés, según la cual al súbdito le queda la «gloria de obedecer», y se atenía a esa fe con fervor de catecúmeno. A su juicio, sólo la jerarquía clara y la obediencia estricta harían grande a Alemania. La cadena de mando era para él la verdadera cadena del ser, y la obediencia la tarea esencial del hombre en este mundo. Sólo así podía una nación aspirar a la gloria. Sólo así la verdadera Alemania podría levantarse de los escombros de su propio ser. Tal vez por eso mismo pronto quedó olvidado.

Con tan escueta filosofía Neumann había llegado a confundir el delirio con la lucidez y a convertirse en uno de los hombres de confianza de Heinrich Himmler, el flamante Reichsführer-SS und Chef der Deutschen Polizei desde el 17 de junio de 1936 y responsable de la política racial del Reich. Al igual que a Himmler, a Neumann lo protegía su propia insignificancia. Era, como él, un hombre de método, no de carácter, y a su lado encontraría grandes posibilidades de medro social, personal y cultural. Cierto es que Neumann sólo ejercía como su asistente, y que se le encomendaban misiones puramente menestrales y ancilares, como llevar la cartera y tener dispuesta la ropa del Reichsführer, ocuparse de su alimentación y de

los elementos de su higiene, y efectuar los recados que se le ordenaran. Pero el puesto le permitía disfrutar de una proximidad notable con Himmler, participar del halo de poder que de él emanaba y coquetear con una suerte de emulación de su jefe. Esa misma condición subalterna lo había preservado de las acusaciones que pesaban contra el Reichsführer, y no había sido perseguido de manera tan estricta al finalizar la guerra. Su participación en los hechos había consistido en un atónito asistir a la metódica manifestación de la barbarie y a la tecnificación de la muerte en masa. Pero no se le podía inculpar de ninguna intervención directa en tan brutales hechos. De hecho, no se le acusaba de crímenes de guerra ni de crímenes contra la humanidad. Había sido un nazi de segundo orden aupado a una cierta visibilidad por su tarea de asistente de Himmler.

De esa época, por lo que he podido saber, sólo se conserva una foto de Gottlob Neumann. En ella puede verse a un repeinado joven de veintitantos años, de mirada limpia y ojos rabiosamente azules. En el rostro quedan rastros de un remoto candor infantil y se adivina una animosa disposición en los pómulos. La nariz imperiosa, de trazo severo y aristas duras, parece un trallazo en medio de la cara. Los labios, finos y levemente despectivos, esbozan una sonrisa fría en la boca siempre crispada. Toda su cara desprende una luz espectral, como recorrida por un largo escalofrío. Y sin embargo, al contemplarla, acaba por imponerse una sensación de fragilidad e indefensión, como si en la foto tiritara una magullada ternura. Nadie pensaría que se trata de la fotografía de un hombre incle-

mente, versado en las estrategias de la muerte y vinculado a los campos de exterminio y sus cámaras de gas. Más bien parece un funcionario, una especie de oficinista atildado, de energía sometida a las normas, de impulso encauzado en la obediencia. Un hombre normal y corriente con un poco de frío en la mirada.

Como es lógico, ninguno de los que trabajábamos en la Fundación Gnosis teníamos ni la más remota idea de la verdadera identidad de nuestro jefe. Lo descubrimos aquel 8 de diciembre, en realidad, el 9, porque el día 8 era festivo y nadie había ido a trabajar. Para nosotros, Gottlob Neumann no era otro que Hans Maier, Herr Maier, como le gustaba que lo llamáramos.

Lo teníamos por un emprendedor austríaco de Graz, procedente de una familia acaudalada, que con sabias inversiones en bolsa y consejos prudentes había amasado una considerable fortuna. El dinero le permitía vivir en una discreta opulencia vigorizada por un secreto impulso de austeridad. Era un hombre frugal, moderado en sus gustos y austero en su vivir. Cultivaba aficiones sencillas; le gustaban la lectura, los viajes, el cine y el fútbol. No rechazaba una buena comida o un vino excelente, pero tampoco se desvivía por ellos, y tendía a conformarse con un régimen moderado y una vida normal. Detestaba destacar. Le parecía vulgar la exhibición de riqueza o de poder, y procuraba instalarse en una discreta medianía que evitara el relumbrón. Eso no menoscababa en absoluto su autoridad: sabía mandar sin ser autoritario, reñir sin gritar y corregir sin ofender. Era frío en el trato, pero educadísimo en las formas. Y nadie ponía en duda su jerarquía en la

empresa. Era carismático y lo sabía y su personalidad nos parecía magnética.

Cierto es que tenía un pronto autoritario y una absoluta incapacidad para comprender la desobediencia que, ahora, con la nueva información de que disponemos, cobran tal vez nuevo significado. Pero también es verdad que, una vez superada esa brusquedad repentina e incontenible, se atenía a actitudes más razonables. Nunca se me hubiera ocurrido calificarlo de nazi.

Su vida personal tampoco parecía volcada a la aventura. Había enviudado muchos años atrás y no tenía hijos. Algunos aventuraban que había perdido muy joven a su mujer y vivía torturado por el recuerdo de ese amor astillado por la desdicha. Que para aliviarlo contratara ocasionalmente los servicios de alguna profesional, pero más por imperativo biológico que por demanda afectiva. Que se había encastillado en una soledad activa y reconcentrada a la que no pensaba renunciar. En realidad, nadie podía asegurar nada acerca de su vida amorosa o sexual. Sin embargo, en la Fundación Gnosis todos estábamos convencidos de que Ingrid Cornibé, su secretaria, era también su amante. La verdad es que nunca, ni en los momentos que más pudieran prestarse a ello, advertimos entre ambos en la oficina ninguna efusión sentimental, ninguna carantoña o guiño de complicidad. Nada que pudiera delatar una conexión más íntima. Su trato se circunscribía a los estrictos términos de la relación profesional, que excluía el tuteo, la cercanía física y toda veleidad afectiva. Pero en los movimientos de Ingrid, en su manera de dirigirse a Herr Maier, todos creíamos adivinar una poderosa carga

erótica, una susurrada invitación a mayores atrevimientos. Quizá no fueran más que trampas de nuestra propia lujuria, que inducía en nuestras mentes suntuosos espejismos de imágenes procaces y sugerentes insinuaciones. Porque, justo es decirlo, Ingrid era y todavía es una mujer imponente.

Con todo, había en Maier dos claras pasiones: el ocultismo y la higiene personal. A la primera había dedicado su patrimonio. Había destinado la mayor parte del mismo a crear la Fundación Gnosis, una pequeña empresa de diez empleados que se dedicaba al estudio, análisis, búsqueda y almacenamiento de toda clase de elementos ocultistas, mágicos o provistos de poder: desde objetos a sociedades e incluso continentes. Estudiábamos y buscábamos el santo grial, el arca de la alianza, la lanza de Longinos, la Herrenrasse, el sol negro, la Atlántida, la última Thule, la tierra de los hiperbóreos, Shambhala, Agartha y la estrella Aldebarán, la daga de латунь, la joya huérfana; estudiábamos la Orden de Dukenfeld, la de Vril y la Sociedad Thule, y un sinfín de reliquias, textos sagrados y elementos míticos y mánticos. Y Maier financiaba viajes, libros, documentos de todo tipo, excavaciones y búsquedas a todo el equipo de expertos que se suponía formábamos sus empleados. Además de ello, nos pagaba un buen sueldo, con espléndidas gratificaciones cuando descubríamos algo para él valioso o cuando localizábamos algún objeto de su pasión. En los sótanos de la oficina, de una notable amplitud, había ido formando un extraño museo lleno de las reliquias y objetos míticos más preciados para él. En realidad, era un museo para sí mismo, ya que no permitía

el acceso a ninguna persona ajena a la empresa y obligaba a todos sus empleados a firmar un contrato de confidencialidad.

Al principio, uno podía pensar que la empresa y el museo mismo no eran sino productos de una caprichosa extravagancia, un despropósito de millonario excéntrico. Pero pronto se veía que no; que a Herr Maier lo guiaba una poderosa convicción. No lo movía la mera superstición ni el afán de poseer característico del coleccionista, no. Lo movía el poder. Estaba íntimamente persuadido de que la posesión de aquellos objetos o el contacto con determinados seres y lugares iba a dotarlo de un poder especial, de una fuerza sagrada. Para él, nuestro trabajo tenía naturaleza de misión, y exigía de nosotros una entrega desmedida, un entusiasmo sin límites. Suponía que compartíamos su fe, que aspirábamos como él a la conquista de lo sagrado, y nos hacía partícipes de su fascinación. La fundación estaba destinada a una empresa espiritual y, de acuerdo con esa convicción, nos veía a los trabajadores como monjes o, al menos, como miembros de una orden sagrada. Y, en efecto, lo éramos, aunque sólo él lo sabía y yo llegaría a averiguarlo. Había algo que nos hermanaba a todos los empleados en el dolor, una siniestra condición que todos compartíamos.

Y aunque no llegábamos a su grado de entusiasmo, sí es verdad que todos en la empresa vivíamos en la inminencia del prodigio, en una extraña exaltación que convertía el trabajo en una suerte de ritual, de ejercicio místico. Incluso los inicialmente escépticos acababan participando de aquella atmósfera de cruzada espiritual, de aventura

sagrada que tiritaba en cada rincón y que Herr Maier alentaba.

Para fortalecer esa atónita hermandad, Herr Maier había dispuesto en la empresa una meditada liturgia. Dos veces al año, envueltos en un aura de unción y solemnidad, visitábamos todos juntos el museo. Era como descender a las catacumbas más íntimas de nuestra fe, como bañarnos en un aire lustral y entusiasmante. En un silencio reverencial y en riguroso orden jerárquico, recorríamos las piezas del museo como las estaciones de un nuevo vía crucis, como si en cada contemplación asistiéramos a una reveladora epifanía. Coincidiendo con los solsticios de invierno y de verano, Herr Maier preparaba las visitas con esmero. Nos recordaba que la circunstancia requería un atuendo esmerado y una disposición espiritual favorable. Nos invitaba a la higiene y a la meditación previas, y acometía el proceso con gestos ceremoniales y voz solemne. Cuando llegábamos a la puerta blindada del museo, exigía silencio, sacaba del bolsillo una llave con ademanes casi eucarísticos, y nos franqueaba el paso a aquel templo sagrado. Cada vez, y en función de algún arcano simbolismo, nos mostraba siete piezas. Ni una más ni una menos. A veces variaban, y a veces se repetían. Pero nadie conocía la lógica interna que dictaba sus elecciones.

El espacio del museo resultaba de una simplicidad eremítica: no había nada superfluo. El suelo, de austeridad franciscana, estaba limpiísimo, pero carecía de baldosas o de cualquier adorno y era de un color ocre oscurecido; las paredes, blancas y desnudas. Nada distraía de lo esencial: las urnas de metacrilato que albergaban los obje-

tos, ellas sí, iluminadas y radiantes. Estaba claro que, para Herr Maier, el museo era una lámpara de iluminación interior, una parábola espiritual que comenzaba en la oscuridad del suelo para remontarse a la luz inmaterial que rodeaba los objetos sagrados. Una suerte de camino de perfección interior. Desde luego, él lo vivía así.

Durante la visita, nadie excepto él rompía el silencio. Y, cuando hablaba, la voz le salía distinta, más impostada, cargada de un extraño fervor, de un temblor espiritual. Como los mistagogos de la antigua Grecia, parecía iniciarnos en los más profundos misterios que tiritaban en aquellos objetos. Y es verdad que a su lado teníamos la impresión de adentrarnos en una ciencia nueva, en un idioma antiguo inexplicablemente abandonado. En la última visita que dirigió, nos mostró un relicario con un clavo de Cristo. Lo cogió entre sus manos, lo levantó en el aire y lo exhibió en un silencio absoluto. Permaneció así más de cuatro minutos. Todos estábamos quietos, contemplando aquello.

—Imaginen lo que estoy sosteniendo entre mis manos —dijo por fin—. Piensen en los ojos que han mirado este clavo y en las manos que lo han tocado. Piensen en la función que ha tenido. Y, si lo resisten, acérquense a verlo más de cerca. Decía el poeta Rilke que lo bello es el grado de lo terrible que todavía podemos soportar; pero aquí estamos en el umbral mismo de lo terrible. Un simple objeto que destila sufrimiento, una concentración pura de dolor. Mírenlo bien y sientan en su interior la fuerza que desprende este clavo. Siéntanla.

Y dejaba unos segundos de silencio que nos alojaban en una febril inactividad. Devolvió el relicario a su lugar, y

continuamos con la procesión. Se detuvo ante otra urna, en la que había un bellissimo pájaro disecado. Yo nunca había visto un ave como aquella: su plumaje era tan puro que casi lastimaba. Y la perfección de sus colores resultaba abrumadora. Nadie sabía lo que era aquello, hasta que Herr Maier decidió confiárnoslo.

—Este pájaro no tiene nombre. —E hizo una pausa que llenó el silencio de solemnidad—. Y nunca lo tendrá, porque es sagrado. Lo trajo san Brandán al regreso de su viaje en busca del Paraíso. Como saben ustedes, en la segunda parte de su periplo, san Brandán llegó al *Paradisus avium*, una isla habitada por pájaros de todo tipo que se unieron a los monjes en sus oraciones. Uno de ellos confesó al santo que los pájaros habitantes de la isla eran los ángeles que se mantuvieron neutrales en el enfrentamiento entre el arcángel san Miguel y Lucifer. Quiero creer que este es el pájaro confidente, pero no puedo estar seguro. En todo caso, sólo les digo que, si lo miran durante un buen rato y en los próximos años viajan a Canarias, serán ustedes capaces de divisar, aunque sea momentáneamente, la isla de San Borondón, esa isla mágica que aparece y desaparece a capricho. No lo tomen a broma. Se lo digo porque yo mismo lo he vivido.

Lo curioso es que todos conocíamos sus referencias y las historias que relataba, pero en su voz parecían distintas, más creíbles, más profundamente verdaderas. Ahora, cuando releo lo que acabo de contar, me consta que parece un absoluto disparate, un delirio de viejo chocho. Pero, cuando él lo decía en el museo, había tal firmeza en su voz, tanta seguridad en sus ojos, que todos lo creíamos

y aceptábamos la verdad profunda que dormía en todo aquello. No sé cómo decirlo, pero creo que éramos mejores al creerlo, al participar de aquellos sueños sagrados. Por lo menos, yo me creía mejor en esos momentos, me gustaba más a mí mismo como persona. Y eso no me ha sucedido nunca con otra gente. Algo notable ocurría en aquellos recorridos por el museo. Herr Maier hacía el itinerario con la mirada desasida del entorno y como purificado de escorias, absorto en un mundo esplendoroso que sólo él parecía divisar, pero del que nos dejaba entrever delicadas esquivas. Y, de algún modo impreciso y oscuro para el que no encuentro cabal explicación, todos accedíamos a un ámbito más luminoso y puro, a una suerte de revelación. ¡Era un momento tan delicioso, tan gratuito en su belleza, que constituía una verdadera *porta coeli*, una puerta de la alegría abierta porque sí, para ser vista, ni siquiera para ser atravesada! Era como quedarse al borde de una maravilla, en el umbral mismo de un sueño.

Cuando acabábamos las visitas y regresábamos al trabajo, costaba desprenderse del halo de irrealidad que nos rodeaba. Retornar a nuestro ser común y corriente, volver a ser Ingrid o Medina, ocupar la mesa de despacho y ponerse a escribir resultaba penoso durante unos minutos. Luego todos recobrábamos el ritmo normal, y la oficina adquiría el mismo aire de *scriptorium* medieval que siempre había tenido. Después de ese sutil contacto con la maravilla, la rutina parecía gris, pero resultaba también tranquilizadora.

La otra pasión de Herr Maier era la higiene personal. Quizá esa fijación no fuera más que un simple distrito de

una obsesión más amplia por la limpieza. Le fascinaban la pulcritud y el orden, los necesitaba. Al final de la jornada, todos debíamos ordenar escrupulosamente nuestras mesas de trabajo, depositar cada cosa en su lugar y eliminar cualquier elemento perturbador. Y él mismo tenía su mesa de trabajo perfectamente dispuesta.

Pero, además, se esmeraba en la limpieza y el orden de su persona. Cada mañana llegaba al trabajo bien duchado y afeitado, con un leve olor a colonia y un atuendo cuya combinatoria había calculado de manera minuciosa. Entre los empleados se había establecido un acuerdo general acerca de la elegancia de Herr Maier. Era impecable hasta el atildamiento. Vestía siempre de traje y corbata, y tanto su ropa como sus zapatos desprendían esa cautivadora negligencia que es claro signo de despreocupación por el dinero y de rotunda confianza en uno mismo.

En suma: Herr Maier era una persona encantadora. Como ya he dicho, era un jefe áspero y exigente, pero también generoso y tolerante. Nos pedía dedicación extrema, pero entendía los desfallecimientos y las zozobras del personal, y se mostraba comprensivo con nuestros problemas. Y, además, disfrutaba de ese prestigio especial que se concede a los chamanes y brujos de la tribu por lo que acabo de explicar. Era difícil suponerle enemigos, y menos aún enemigos dispuestos a hacer lo que le hicieron. Por todo esto, ninguno logramos entender muy bien lo que pudo haber ocurrido aquel 8 de diciembre.

Aquella mañana, como siempre, Dan, el vigilante de seguridad, había hecho su ronda para abrir las puertas que durante la noche y los fines de semana quedaban ce-

rradas con llave. Dan se limitaba a introducir la llave y dejar el paso franco, pero sin entrar en las dependencias ni abrir por completo las puertas. Tal vez por eso no apreció nada raro.

Fue Medina quien descubrió todo. Tuvo la mala suerte de ser el primero en llegar al despacho aquella mañana. Luego contaría que, nada más acceder a la estancia en la que trabajábamos él mismo, Ugarte, Maite Olivares y yo, tuvo una sensación perturbadora. Como si algo le avisara de que, a pesar de que todo parecía intacto, en el fondo nada estaba igual. Tratando de racionalizar *a posteriori*, diría que el aire le pareció distinto, más denso y pesado, que también percibió un extraño olor y creyó sentir un ruido desapacible, que sólo podía proceder de dentro de él mismo y no de fuera; en suma, que todos sus sentidos se pusieron en alerta. Y enseguida lo vio. Tirado en el suelo como un pelele, en una postura inverosímil que sólo la muerte podía dispensar, estaba el cuerpo de Herr Maier en medio de un charco de sangre. Vestía el uniforme de lo que luego sabríamos llamar *Hauptsturmführer* de las SS: llevaba la guerrera con los dos relámpagos gemelos, rúnicos y plateados de las SS en el parche de cuello derecho y las tres estrellas en el izquierdo, la hombrera reglamentaria y los correajes habituales. Sobre la pechera lucía la *Goldenes Parteiabzeichen*, la insignia de oro del partido, el símbolo más prestigioso concedido a sus más ardorosos defensores. Y en la mano derecha mostraba el *Totenkopfring*, el anillo decorado con una calavera y otros emblemas rúnicos, una distinción concedida personalmente por Himmler, el jefe de las SS. Se veía también la daga y la

icónica guerrera negra, la camisa blanca y el escueto brazalete rojo con la esvástica en el brazo. Tenía el pantalón y el calzoncillo bajados, y le habían mutilado bárbaramente el pene y los testículos, para insertárselos en la boca. Las botas estaban relucientes, aunque la pierna izquierda se encontraba retorcida en una postura inconcebible. La cara parecía un emplasto de sangre y maquillaje; la piel lívida y tensa por la boca desmesuradamente abierta, con los testículos y el pene colgando de su interior. Al parecer, llevaba los labios pintados, si bien resultaba difícil distinguir el pintalabios de la sangre. Las pestañas postizas larguísimas en los ojos espantosamente abiertos le daban un aire entre pícaro y estremecedor que resultaba doloroso. Curiosamente, no había perdido las gafas, que sólo tenían una mancha de sangre en el centro justo de la lente derecha. Alejada unos centímetros de su cabeza, estaba la gorra con su águila y el *Totenkopf*, la calavera típica de las SS. Y, en el centro del pecho, habían pintado con su propia sangre una tosca esvástica roja. Estaba claro que había muerto, diría después Medina. Y a mí me reconoció que tuvo miedo de acercarse a aquel amasijo de sangre y bestialidad.

Antes de gritar y dar la voz de alarma, Medina creyó encontrarse en el epicentro de una pesadilla. La escena fue tan brutal, que se inscribió para siempre en su cerebro. Dice que todavía hoy sueña a menudo con Herr Maier tirado en el suelo en medio de la sangre. Que muchas noches, en la cama, en esos instantes en que los pensamientos dejan de ser pensamientos pero no alcanzan todavía a ser sueños, lo ve lleno de sangre, con los huevos en la boca, como dice él. Y que, a partir de ese momento, ya sabe que

no va a dormirse, que va a pasar el resto de la noche revolviéndose en la desmayada excitación del insomnio.

Cuando por fin Medina logró sobreponerse y gritó, enseguida acudieron Dan y uno de los mozos que trabajaba en la empresa. De inmediato, Dan, quizá porque llevaba uniforme y era el vigilante de seguridad, se hizo cargo de la situación. Era él quien daba las órdenes y tomaba las decisiones. Poco a poco fuimos llegando los demás. Todos nos asomamos a ver el cadáver, para arrepentirnos casi en el acto de haber mirado. Y decidimos obedecer a Dan.

—Que nadie toque nada —dijo Dan—. Vamos a quedarnos todos ahí afuera hasta que vengan el juez o la policía. Voy a llamar ahora mismo, y voy a llamar también a la empresa. Ellos sabrán lo que hay que hacer.

Tras repetirnos que no se nos ocurriera tocar nada y recomendarnos tranquilidad, Dan fue a llamar. Nosotros nos quedamos sumidos en un silencio sobrecogido. A Medina le temblaban las manos, e Ingrid le preguntó si quería que le preparase una tila. «Ya sabes que tengo toda clase de infusiones en mi cajón», le recordó. Medina asintió con gesto agradecido, pero Maite enseguida recordó que no se podía entrar en la habitación del muerto.

Estábamos todos tan perturbados por la situación, que nadie acertaba a hablar del asunto. La conversación, tartamuda y renqueante, versaba sobre cuestiones baladíes. Pesaba sobre ella la terrible desgracia que acababa de ocurrir, pero todos nos esforzábamos por quedarnos en la periferia de la misma, en las trivialidades que hacían segura la charla, en ese lugar tranquilo en el que no había riesgo de precipitar los nervios o las lágrimas. De pronto,

Medina estalló en una crisis de llanto incontenible. Ingrid y Maite lo llenaron de mimos y solicitud, y le hicieron beber un poco de agua. Dejó de llorar, pero no acababa de recobrar el sosiego. Resollaba como un búfalo, y su agitada respiración era lo único que se oía en el recinto.

Imagino que todos teníamos en la cabeza las espeluznantes imágenes que acabábamos de contemplar. Aunque no lo entienda, puede uno aceptar el homicidio, la muerte de un semejante. Después de todo, ¿quién no ha coqueteado alguna vez con la idea de hacer desaparecer a alguien? Pero lo que resulta intolerable para cualquiera es el ensañamiento innecesario, la voluntad de humillación que parecía latir en aquella vejación de cortarles los testículos y metérselos en la boca. Uno cree siempre estar de vuelta de muchas cosas y se siente capaz de aguantar lo que sea. Pero aquello nos sobrepasaba. Era difícil desprenderse de la violencia que irradiaba del cuerpo de Herr Maier desde la otra habitación. Parecía golpearnos a todos en el interior y sumirnos en una nerviosa inactividad. Estábamos tensos, pero quietos.

Al poco rato, enloquecido y nervioso, se presentó Bruno, el asistente de Herr Maier. Lo había estado esperando en la puerta de su casa y, al ver que, contra sus costumbres, se retrasaba, se atrevió a tocar el timbre. No hubo respuesta. Se dirigió al garaje y comprobó que el coche no estaba allí. Pensó entonces que se había adelantado y había acudido a la empresa antes de hora. A toda velocidad se dirigió a la fundación, temeroso de haber cometido algún error. Cuando supo lo que había ocurrido y se asomó a comprobarlo por sí mismo, se descompuso por

completo. Pegó dos terribles puñetazos en la pared y pateó con violencia una silla, hasta que la ira se deshizo en llanto. Se apoyó con las manos en la cara contra la pared y fue resbalando poco a poco hasta quedarse sentado en el suelo. Fue tremendo ver a Bruno en ese estado. Herr Maier lo presentaba como su asistente, pero estaba claro que se trataba de su guardaespaldas. Bruno vestía siempre de negro, con chaquetas abiertas y polos de cuello de cisne. Llevaba la cabeza afeitada y brillante, y lo rodeaba una turbia sugestión de peligro. Tenía los ojos de un fiero azul y la mirada fría como un témpano. Y cada uno de sus miembros (las manos, los brazos, los hombros, la cara misma) desprendía una inconfundible sensación de fortaleza. Era un hombre que daba miedo. Una de esas personas que transmiten la certeza de que su fuerza está un poco más allá de su control. Un individuo peligroso. Había como un absurdo despropósito en aquella situación: un hombre como Bruno abatido y lloroso por la muerte brutal de Herr Maier. Y todos estábamos perplejos asistiendo a aquel triste espectáculo.

Del marasmo en que nos encontrábamos nos sacaron las sirenas de los coches de policía que pronto empezaron a oírse. Y enseguida apareció Dan seguido de varios agentes que venían caminando con rapidez. Luego ya fue todo un borrón de policías, sirenas y ambulancias. Hubo carreras y voces, uniformes y batas blancas de sanitarios; preguntas y silencios. Uno de los sanitarios le alargó un tranquilizante a Medina y le dijo que se lo metiera debajo de la lengua. Maite Olivares le acariciaba el brazo con gesto maternal. Llegó el juez para el levantamiento del cadá-

ver. Luego se llevaron el cuerpo de Herr Maier para practicarle la autopsia. Precintaron la dependencia. Nos hicieron mil preguntas, tomaron nuestros datos y nos dijeron que debíamos estar localizables. Y, por fin, nos dejaron marchar.

Nadie en la oficina podía creer que aquello hubiera ocurrido de verdad. Cierto es que todos estamos expuestos a los accidentes y a la violencia. Pero nunca crees que tú mismo o alguien muy próximo a ti vaya a ser víctima de una muerte así. Yo, desde luego, nunca hubiera pensado que, al cabo de año y medio de empezar a trabajar para él, Herr Maier apareciera muerto. Y menos aún de aquella manera tan sangrienta y horrible. Nos asustamos de verdad cuando ocurrió. Y nuestro trabajo, que hasta entonces nos había parecido un juego, adquirió de pronto una dimensión peligrosa y siniestra. Hasta entonces, todos en la oficina habíamos creído que las investigaciones arqueológicas y ocultistas a que nos dedicábamos no constituían más que una caprichosa extravagancia de nuestro adinerado jefe. Pero cuando vimos la estremecedora escena del crimen, tuvimos miedo y empezamos a pensar que estábamos traficando con un material diabólico que podía volverse contra nosotros. Yo, al menos, lo pensé. ¿Habrían matado a Herr Maier por alguna de las piezas de su colección? ¿Habría alguien tan interesado en el poder que aquellos objetos podían suministrar como para llegar a esos extremos? ¿Sería por el trabajo que estábamos llevando a cabo en esos meses? Sin embargo, no parecía faltar nada. Aunque ninguno podría decir con seguridad las piezas que integraban el museo, Ingrid sabía que Herr

Maier guardaba un inventario en la caja fuerte. La policía dio con él, reventó los cierres de seguridad del museo y comprobó que no faltaba nada. Además, el feroz ensañamiento, el uniforme de las SS y el maquillaje del rostro y los ojos de nuestro jefe, parecían sugerir móviles más oscuros en el crimen.

Llegué a casa mucho más cansado que tras una jornada normal, como enfermo de una extraña pesadumbre. Aunque me había prometido no volver a beber solo en casa nunca más, aquella tarde rebusqué en el aparador hasta dar con una botella de ginebra mediada. Le pegué dos tragos seguidos a morro, y me sentí más tranquilo. Me di una larga ducha, me puse el pijama y decidí atontarme viendo la televisión. Hablaban todo el tiempo del asesinato de John Lennon, y sacaban a su viuda Yoko Ono, fragmentos de antiguas actuaciones, declaraciones de los otros miembros de los Beatles y de gente famosa. Hablaron de David Chapman y de que, en el momento de su detención, tenía entre las manos *El guardián entre el centeno*, el libro de Salinger, en el que había escrito: «Para Holden Caulfield de Holden Caulfield. Esta es mi declaración». Y se recrearon en toda la parafernalia del dolor, la muerte y los sentimientos. Todo me hacía pensar en el caso de Herr Maier, así que apagué la televisión, y decidí escribir mis impresiones del día, con la ilusión de librarme de ellas en el papel.

Entré en la Fundación Gnosis un poco por casualidad, y gracias a la intercesión de un amigo. Hasta entonces había tenido varios trabajos, pero mi vida se torció de pron-

to. Desde muy joven había sentido afición por la literatura. En el colegio tuve un profesor, el señor Layna, que suscitó y sostuvo mi vocación. Era un hombre peculiar. Cojo a consecuencia de la polio, se desplazaba con un bastón y gran dificultad. Sus clases resultaban, cuando menos, anómalas. Sólo ocasionalmente hablaba de literatura. Tenía una vasta cultura y una capacidad discursiva asombrosa. Era capaz de hablar durante mucho tiempo y de forma entretenida de cualquier cosa. De hecho, para poner a prueba su ingenio, los alumnos lo sometíamos a preguntas delirantes. Poco antes de empezar la clase, encargábamos a uno que le formulara alguna cuestión absurda. Recuerdo una ocasión en que Montero levantó la mano y, al ser requerido por el profesor, dijo: «Señor Layna, ¿es verdad que es malo tragarse el chicle?». El señor Layna se sentó, carraspeó levemente, nos recordó nuestra condición de asnos, y empezó a responder a Montero. Durante la hora entera de clase estuvo hablando de los riesgos reales y ficticios que implicaba tragarse el chicle, del chicle mismo y su constitución, de la historia del chicle y de la influencia americana en las costumbres alimenticias de los españoles... Y lo escuchábamos embelesados. Y lo mismo nos ocurría —o, al menos, a mí— en las raras ocasiones en que hablaba de literatura y escritores. Le apasionaban las anécdotas y las biografías, y las narraba con sobresaliente habilidad. Y a veces nos ofrecía lo que sólo se me ocurre llamar impresiones de lectura. Se refería a muchísimas obras, nos contaba una parte de sus argumentos, subrayaba sus puntos de interés, y suscitaba en nosotros el afán de leerlas.